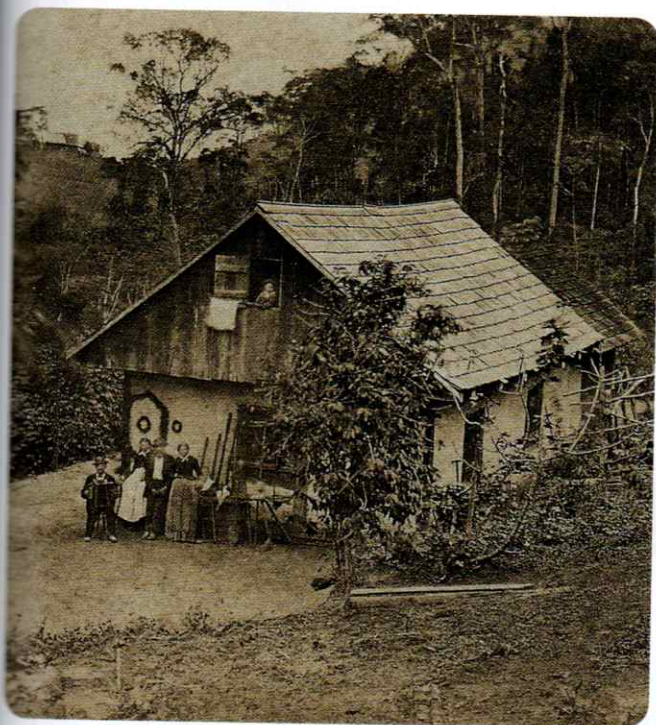


Migraciones hacia América

Las migraciones entre los siglos XIX y XX pueden diferenciarse, por su destino, en dos grandes flujos migratorios. El primero se dirigió hacia América Anglosajona, donde predominó la inmigración desde el Reino Unido de Gran Bretaña, Irlanda, Alemania y los países escandinavos. El segundo tuvo como destino Latinoamérica, adonde llegaron inmigrantes provenientes, principalmente, de la Europa mediterránea, con Italia y España en primer lugar y, en menor medida, países de Europa del Este.

Los dos movimientos migratorios no solo se diferenciaron por el origen de los migrantes sino también por las características de estos.

El primer flujo fue una migración, en general, definitiva, es decir, que la proporción de los que retornaban al lugar de origen fue baja. Además, en un amplio porcentaje estuvo compuesta por familias enteras que accedían a tierras para dedicarse a las actividades agrícolas y artesanales. El segundo flujo, hacia América Latina, tuvo un alto componente de hombres solos que retornaban a Europa al concluir un trabajo manual temporario (por eso se la ha llamado migración golondrina). Luego de esta etapa de migración golondrina se fue generando otra en la que los migrantes se afincaron en América.



Inmigrantes alemanes en Brasil a fines del siglo XIX en la colonia La Leopoldina.

Inmigrantes europeos en la Argentina y en Brasil

Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX llegaron a la Argentina varias oleadas migratorias que influyeron mucho en la sociedad que se conformaba junto con el Estado nacional.

Los primeros inmigrantes eran profesionales y gente con oficios diversos; luego, a partir de 1880, la ola migratoria fue masiva y trajo inmigrantes que, en general, provenían de zonas rurales. Estos inmigrantes se incorporaron como cosecheros, peones o productores agrarios, especialmente en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Mendoza y en el Alto Valle del río Negro. Algunos llegaron a ser propietarios de tierras mediante la organización de colonias agrícolas, y otros, en especial en el campo bonaerense, fueron fundamentalmente arrendatarios. Muchos de los que no pudieron acceder a la propiedad de la tierra se asentaron en la Ciudad de Buenos Aires. El censo nacional argentino de 1895 registró 500.000 italianos, de los cuales 200.000 vivían en la Ciudad de Buenos Aires.

Entre los cambios vinculados a estos movimientos migratorios se pueden destacar un notable aumento de la población y un acelerado proceso de urbanización, ya que la mayoría de los inmigrantes se quedaron en las ciudades más grandes como Buenos Aires, Rosario, Córdoba y La Plata. Además, el crecimiento económico de la época permitió la formación de un sector de clase media en una proporción superior a la del resto de los países latinoamericanos.

En Brasil predominó, en la etapa colonial, la inmigración forzosa de africanos (esclavizados). Luego, durante las primeras décadas del siglo XIX, los inmigrantes de origen europeo (polacos, portugueses y alemanes) poblaron las zonas rurales dedicándose al sector agrícola, en el que aportaron nuevos conocimientos. Parte de esta inmigración adquirió tierras y se concentró en el cultivo y en la elaboración del café. A raíz del fin del tráfico de esclavos y de que se necesitaba mano de obra para las plantaciones de café, los sectores de poder apoyaron una nueva política de fomento a la inmigración. Entonces, los gobiernos de los Estados brasileños promovieron políticas para atraer a nuevos inmigrantes de otras partes de Europa. Así, Italia, España y Alemania se convirtieron, junto con Portugal, en los principales países de origen de la inmigración brasileña.